

## Corpus Barga o el reino del exilio

Corpus Barga —Andrés Corpus Cayetano García de la Barga y Gómez de la Serna— nació en Madrid el 9 de junio de 1887 y su vida transcurrió entre España y el mundo, entre el periodismo y la literatura, entre la permanencia y el exilio.

Su primer libro de poemas, *Cantares*, lo publicó a los 17 años, y fue amigo de los miembros de la Generación del 98 (Valle-Inclán, Pío Baroja y Azorín), Antonio Machado, Buñuel y Picasso. Conoció a muchos de los más extraordinarios artistas europeos de las primeras décadas del siglo; por ello, su vinculación con la literatura y las artes fue indisoluble de su trayectoria vital. Sin embargo, él fue ante todo un aventurero: corresponsal de guerra, anarquista, entrevistador de Mussolini y de Hitler, viajero incansable. En enero de 1914, se fue de España huyendo de los rezagos de la monarquía. Una vez en París, se desempeñó como cronista de la conflagración mundial; posteriormente, viajó de París a Madrid en un biplano con una sola hélice celebrando el final de la primera Guerra Mundial en 1919. Sin embargo, la aventura no acabó allí: realizó el primer viaje en el gran Zeppelin de Alemania a Pernambuco, contra el augurio de quienes afirmaban que la máquina caería en el trópico. Años después asistió a un mitin nazi donde los periodistas de oposición corrían algo más que riesgo, y llegó a entrevistar a un despectivo Hitler que daba órdenes aquí y allá.

La vida de Corpus Barga fue la de un osado peregrino que llevaba en el lenguaje una patria invisible, la cual encontró refugio en el periodismo. Los medios donde laboró fueron tan diversos como importantes: *El País*, la revista *España*, *El Sol*, la *Revista de Occidente* y, durante la guerra, *Hora de España*. Después de la segunda Guerra Mundial abandonó París y, tras breve período en Buenos Aires, llegó al Perú. Desde 1948 trabajó en la Escuela de Periodismo

de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de la cual llegó a ser director. Posteriormente, se desempeñó como editor de importantes publicaciones institucionales como *San Marcos* y *Gaceta Sanmarquina*. Su abnegada labor universitaria y su decidida promoción de la profesionalización del periodista lo convirtieron en una figura respetada y admirada en los claustros universitarios. Además de sus constantes crónicas y artículos en revistas y periódicos europeos, durante su estancia en Lima, colaboró como columnista principalmente en *Expreso*, pero también publicó artículos en *El Comercio* y otros periódicos americanos como *La Nación* y *El Nacional*. Corpus Barga falleció en Lima el 8 de agosto de 1975.

A pesar de lo dicho, Corpus Barga no fue solamente un periodista. Fue un periodista escritor o un escritor periodista, si se quiere. Y es que para él, las fronteras entre periodismo y literatura no eran tales, se disolvían: “el artículo en España es un género literario que los historiadores de la literatura se niegan a reconocer (hasta que se publica en libro), no sé si con razón o sin ella”. Para él, esta relación está anclada en el mismo espíritu español: “el artículo es un género literario más español que el ensayo (...) en España, cuando yo comencé apenas había revistas; por eso se escribía en los diarios sobre los temas eternos”, sentencia. Es más, para él, la perdurabilidad de lo literario en el periodismo (y del artículo en sí mismo) no sería tan efímera como se cree, podría inclusive ser más perdurable que lo literario *strictu sensu*: “Los articulistas han hecho un melancólico lugar común de pensar que sus artículos pasan como las hojas, mientras los libros permanecen, como los árboles (...) Basta visitar una hemeroteca y una librería de viejo para comprobar lo falso de tal manera de ver. Un periódico (de alguna importancia) se conserva. La colección secular de un gran diario es un monumento. En cambio, la mayoría de los libros se pierde o va a parar a la fosa común de las librerías de lance”. Sus capacidades creativas se desarrollaron fundamentalmente en el género híbrido del periodismo, al punto de ser para José Miguel Oviedo, y para muchos otros, “el más grande periodista del Perú” de su época.

La otra palabra clave en su itinerario vital y creativo es exilio. Es a partir del exilio que su pluma se afila. La lejanía de la tierra originaria, los desplazamientos sucesivos y la compañía de la otredad incrementan su afición por la aventura, una hipersensibilidad en la mirada y una inquietud intelectual constantes. La es-

critura construye los puentes imaginarios entre los múltiples territorios perdidos y articula una historia personal. Para Corpus Barga, el Perú estuvo unido a ese peregrinaje de la piel que es su escritura; así ha declarado con relación a sus memorias: “todos mis recuerdos naturalmente se encuentran ligados a Lima, al Perú que es la ciudad donde escribo el libro”. El Perú influyó en él como geografía conceptual, como territorio de enunciación de la palabra y como espacio de lazos sentimentales y familiares. Para él, el Perú es “España ampliada (...) el mismo paisaje, pero agigantado”. El exilio sería su marca: no estaría ni tan sólo en el periodismo, ni tan sólo en la literatura. Traspasaría las fronteras no solamente en cuanto al género, sino aun las que quieren circunscribir al escritor a un único estilo. No obstante lo anterior, Corpus Barga ha desarrollado un extenso e intenso ejercicio de lenguaje personal: ritmo vertiginoso, períodos sincopados, ironía, ingenio verbal y diestra argumentación. Todo esto convierte a sus textos en una aventura placentera, sonora y provechosa.

En cuanto a su escritura, ha dicho Francisco Umbral: “la prosa divagatoria de Corpus Barga, llena de meandros, anécdotas, lirismos, es de una gran modernidad. Quizá sea él por lo directo y complicado a la vez, el más moderno y vigente de nuestros viejos escritores”. Y José Miguel Oviedo califica a su discurso de laberíntico: “lleno de incisivos que no hacen muy fácil seguirlo”. Lo cierto es que la prosa de Corpus Barga es bifurcativa y pretende abarcarlo todo, sus textos se instalan como una maquinaria inagotable de digresiones, en la cual los detalles y las argumentaciones secundarias cobran inusual brillo.

El espacio de reflexión de Corpus Barga fue siempre un océano, anclado en una visión del mundo donde todas las aristas y ángulos de la realidad formarían un único sedimento a auscultar. Esta vocación omniabarcadora no se daría sólo a nivel extratextual sino también intratextual. Construir sus escritos como un peregrinaje entre ideas, palabras e imágenes es un elemento intrínseco de todos sus textos. La contigüidad semántica y la asociación libre prevalecen sobre la monovalencia del análisis. De esa manera, en un artículo dedicado a Chaplin, puede hablarnos a un tiempo de Molière y de Aristófanes, de Cervantes y de Bergson. Esto se manifiesta aun cuando se le entrevista. Winston Orrillo dice de él en un reportaje: “El periodista, frente a él, queda anonadado. Ya no sabe qué dato tomar.

Su conversación es saltarina: tan pronto está en un tema como, por un mínimo cabo, ya se encuentra en otro asunto, en otra latitud”.

Este libro presenta una selección de cuarenta y tres artículos publicados entre los años 1949 y 1964, quizá su período de producción más intenso en la prensa nacional. No todos los textos seleccionados fueron publicados en el Perú, algunos de ellos aparecieron en *El Nacional* de Caracas, pero fueron escritos y enviados desde Lima. En la primera sección hemos recopilado sus inquisiciones literarias, semblanzas de escritores y análisis de procesos literarios de su época. Estos artículos están más allá del denso ensayo académico y del superficial artículo periodístico, ya que constantemente arriesgan opiniones novedosas, a veces insólitas, pero que siempre se basan en argumentaciones ingeniosas. En esta área cabe destacar su presencia en dos revistas de humanidades muy significativas en nuestra tradición hemerográfica: *Mar del Sur*, que dirigió Aurelio Miró Quesada, y *Letras Peruanas*, dirigida por Jorge Puccinelli con sendos artículos sobre Goethe y la literatura comercial, respectivamente.

La segunda sección incluye un conjunto de artículos propios de un intelectual, un sujeto comprometido con su escena contemporánea. Constituyen artículos de opinión, cargados de preguntas y agudas perspectivas: nos devuelven el agitado latido de una época regida por la Guerra Fría, los debates sobre los límites de la ciencia, la moral de la inteligencia y las nuevas posibilidades de la condición humana que la tecnología empezaba a insinuar. Corpus Barga, un escritor nacido en el siglo XIX, tiene la suficiente amplitud de mira para comentar críticamente los inicios de los maravillosos años 60 que rediseñaron múltiples aspectos de la vida privada y los sueños colectivos en Occidente. Así, enfrentándose a los grandes temas y al horizonte de expectativas de su época, el escritor ensaya un conjunto de respuestas singulares que destruyen viejas dicotomías, como ciencia/arte. Así, los presupuestos cognoscitivos y experimentaciones de la ciencia tendrían para él más lazos con las letras de lo que habitualmente se cree. Por ello, Corpus Barga sostiene que debido al deseo de novedad, el artista se ha convertido “en un buscón como el hombre de ciencia, que investiga, ensaya, experimenta” (“El progreso y el arte”). Por ello, no sorprende, que en una entrevista con Hernán Velarde afirme que “la ciencia

involucra toda la poesía del mundo, toda la belleza imaginable”, excepcional elogio de un hombre de letras al campo científico.

Sus preocupaciones por la estética y el cine son el eje de la tercera sección. El cine mismo es analizado tendiendo lazos hacia otras artes, estableciendo vasos comunicantes con la literatura, el teatro y la fotografía. En estos artículos, Corpus Barga incide en las vinculaciones reales y virtuales entre las artes, y en el significado del enorme desafío de la cultura de masas que cuestionaba la centralidad del orden letrado. Además de las sugerentes interpretaciones de Chaplin y de Velázquez, un elemento importante en esta sección es el papel que le otorga al lector: no más ente pasivo, sino agente constructor de los sentidos del texto; esto manifiesta la actualidad de sus ideas desde la perspectiva teórica de la estética de la recepción, vector central del debate contemporáneo en los estudios literarios. Para nuestro autor, la importancia del lector cobraría relieve en la medida en que la literatura sería coloquio, diálogo con los lectores (como abstracción) y con un lector singularizado. Estos dos ejes son simultáneos en la producción de sentido —mediante la lectura— del texto. Por ello, también, su concepción del cine se fundamenta en una praxis activa del espectador: “el cine no ha sido solamente un cambio de espectáculo. Hoy es innegable cambia al espectador (...) El día que haya cine sin pantalla, se verá claramente que la pantalla es el espectador” (“Los horizontes del cine”).

Pero como todo exilio, la escritura de Corpus está entre aquí/allá, está hecha de fisuras y de lazos. Es en ese sentido que, para él, la preocupación por los vínculos entre España e Hispanoamérica, cobra relieve. Es uno de los primeros en apuntar conceptual y vitalmente un espacio cultural trasatlántico. Por ello, el significado crucial de sus textos sobre Lima y el Cuzco, que constituyen el núcleo de la cuarta sección. Las visiones de un exiliado que echa raíces sentimentales en una ciudad y una cultura que guardan necesaria vinculación con la patria ausente. Lima es el espacio desde donde se gestan sus últimos trabajos intelectuales, sus nuevas relaciones familiares y el territorio de la memoria. Aunque podemos discrepar de algunos presupuestos que se construyen en estos textos, es innegable la acendrada mirada y la fervorosa pasión con que están escritos y esas singularidades, en estos tiempos de

periodismo abúlico y convencional, son quizá su mayor mérito. Más flexibles que la rígida estampa costumbrista y más profundos que los superficiales trazos de viajeros extranjeros, sus textos nos traen imágenes y procesos de nuestro país que todavía tienen la fuerza de interpelarnos: la extinción de las culturas subalternas, la ceguera de nuestros intelectuales ante las manifestaciones culturales populares, el difícil proceso de reconocimiento de nuestras raíces andinas e hispanas, las posibilidades turísticas y la excepcional biodiversidad de la amazonía.

La recuperación de estos artículos de uno de los más grandes cronistas culturales en lengua española del siglo XX ha sido posible gracias al generoso auspicio de la Embajada de España en el Perú, la Agencia Española de Cooperación Internacional y al Centro Cultural España. Por otro lado, debo manifestar mi sincero agradecimiento al Sr. Edmond Gabai y a la Sra. Victoria Mujica, quienes prestaron sus valiosos archivos hemerográficos y fotográficos para la elaboración de este libro y al poeta José Cabrera Alva por su colaboración en esta antología.

*Marcel Velázquez Castro*